

VISTO Y OIDO ★ Negro, Sirviente y Gobernador ★ por PREMIANI



En el MUSEO de FILADELFIA están, DISECADOS, los UNICOS EJEMPLARES que SE HAN PODIDO HALLAR HASTA AHORA de OSO PANDA, de la CHINA OCCIDENTAL.

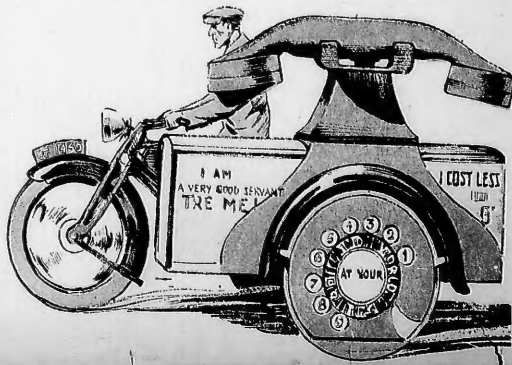
La FRAGATA FRANCESA "MEDUSA" fue ENVIADA en el SIGLO ULTIMO para LLEVAR FUNCIONARIOS del GOBIERNO y COLEGIOS a SAN LUIS del BRASIL; en el COMANDANTE ni el SEGUNDO ERAN PERTINOS de NAVEGACION; DESOBERON los CONSEJOS de los TRIPULANTES y SE FUERON a PIQUE al DOBLAR un CABO. Se SALVARON en un ARRECIFE 150 de la TRIPULACION, QUE CONSTRUYERON con los RESIDUOS de la NAVE una ISLA; CUANDO LA BALSA LLEGO a TIERRA, SOLO QUEDABAN VIVOS 6.



El XV INZO GOBERNADOR de una de SUS GRANDES POSESIONES a un NEGRO SIRVIENTE de su AMANTE MME. DUBARRY la que el NEGRO DENUNCIÓ DESPUES al TRIBUNAL REVOLUCIONARIO que la GUILLOTINÓ.



Por las CALLES de LONDRES, circulan MOTOCICLISTAS con la FIGURA de los TELEFONOS MODERNOS, para HACER PROPAGANDA por el INCREMENTO de los SERVICIOS TELEFONICOS.



EL OMBÚ

SINTI profundamente la afición a los bellos árboles Hupé y Yaimé, y luce con mucho acierto la psicología de los que los aman cuando dijo: "Las almas apasionadas y concentradas poseen un hondo sentimiento de las bellezas de la Naturaleza". Cuando este sentir se inclina al amor a los árboles del suelo natal, adquiere, entonces, la solemnidad de un culto.

Poco ha se eligió, por medio de un plebiscito, un árbol como símbolo de la flora argentina. Fue elegido el lapacho, árbol de la región de los bosques subtropicales. Creo que la decisión fue justa para el ombú, el más significativo de nuestros árboles. Asimismo fue el veredicto para el algarrobo, árbol siempre verde del oriente de las leguminosas y de la familia de las mimoidáceas, cercano hermano del arundo, del bambú y del calden, de tronco tortuoso, de ocho a diez metros de altura, de copa de ramas irregulares y tortuosas, cuyas hojas planas persistentes son lustrosas y coriáceas, y las flores del color del purpúreo. El Prosopis, dicho, designado en la nomenclatura botánica universal, por la dureza de su madera y su fruto, la algarroba, constituida por una vaina aserrada y comestible, de color castaño, es considerado por muchos de los admiradores de su fortaleza, como lo que correspondería al noble en el continente austral.

El Guara Humado o decidir entre estos árboles, por, me desliza a erigir en árbol símbolo de la Argentina al ombú, porque él es el solitario habitante de las pampas, el accidente geográfico más característico de la tierra patria.

Árbol patriótico el ombú, pertenece al orden de los Coníferas, y particularmente a la familia de las Foliáceas que comprende árboles y plantas herbáceas, de hojas aplanadas y enteras, y flores hermafroditas, muy a menudo unisexuales.

De cuantos árboles crecen en el agro nativo, el ombú es el que lleva la palma de la estimación y del afecto populares. Ostenta por estas hazañas la belleza y el simbolismo del noble en Europa, aunque difiere de aquél en todo sentido; sólo hago alusión a su popularidad al compararlo con el monarca arbóreo de los países templados. Árbol largo, el ombú tiene una presencia llamativa a causa de sus gruesas raíces deformes que salen a flete de tierra, su anchuroso tronco de corteza gris verdosa y su espesa follaje. Manifiesta el ombú la peculiaridad que tienen las flores de cada sexo en ser separados; esta propiedad se designa con el vocablo de origen griego dioico, adaptación que significa en el idioma porteño "separado", "dos casas", esto es, que pone los órganos sexuales separados en árboles distintos; a esta particularidad debe que el ombú se cruce siempre solitario y jamás en monte.

No es este señor de las soledades campestre, planta de gran altura, puede alcanzar un solo de 10 a 12 metros de altura.

Han comprobado los botánicos que la edad de los árboles puede inferirse de las capas concéntricas de madera que cada año se superponen las unas a las otras, ensanchando el tronco. El árbol dioico de las pampas, está excluido de esta clase de prueba, porque en realidad es una yerba gigantesca que produce más de diez capas fibrosas por año. Este caso peculiar nos demuestra que definición alguna de un objeto puede abarcar por entero a todos sus componentes. Árbol por su apariencia exterior, el ombú amalo, por su naturaleza fofa — que según el dicho gauchesco, "no sirve ni para leña" porque no arde — evidencia su procedencia herbácea. A pesar de su modesta estatura, inútil para la carpintería y la calefacción, muchas ventajas tiene en su haber el añoso árbol, que siempre da

sombra y abrigo contra el viento o la lluvia; con sus hojas simples, alternas y elípticas, a fruto, una baya carnosa, se consigue constituir un purgante muy drástico. Asimismo las hojas mitigan las jaquecas.

El jugo del árbol se ha empleado antiguamente como remedio eficaz para la embriaguez. El zumo de su fruta se emplea para quitar manchas a la ropa y todo el árbol, por su naturaleza áspera y su elevación, colocada cerca de una casa sirve de patareyo natural.

Así se expresa Marcos Sastre en su enciclopedia monumental libro "El tiempo argentino", echándose de ver, por la precisión con que lo describe, cuanto le amaba.

El sabio naturalista, D. Carlos Berg, ha puntualizado, tras pacíficas investigaciones, que "este frondoso y ligero árbol" no fue traído originalmente de España, sino que procedió de las islas de la laguna Uchire, en Corrientes.

Siendo el general Mitre rindicón y aminorado joven de 21 años de edad, ya a la sazón capitán de artillería durante la Campaña de Entre Ríos, en 1842, estuvo sentimentalmente el ombú que se eleva sereno en medio de la pampa, detallando con cierta plenitud lo que significa para el argentino aquel atalaya de la llanura inconmensurable.

En el mismo año de la guerra, hallándose D. Luis L. Domínguez, oficial durante el año grande de Montevideo, imaginó estos clásicos versos sobre el ombú, que ya se han convertido en proverbio del pueblo:

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente;
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa
Tiene su Pampa grandiosa,
La Pampa tiene el Ombú."

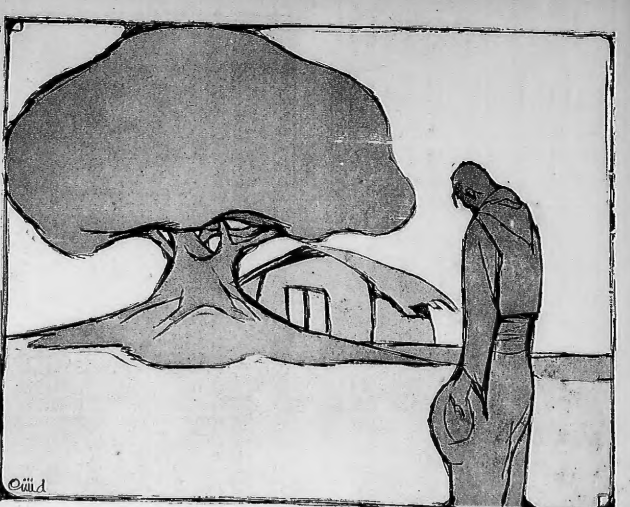
El partido de San Martín contiene varios ombúes ligados a la historia patria, por tradiciones memorables.

El ombú de Piedra, sito a tres kilómetros de Villa Ballester y veinticinco, aproximadamente, de la Capital Federal, fue testigo del encuentro de los primeros contingentes de los reconquistadores que habían ido allí para fortificar, contra las tropas inglesas. El 16 de agosto de 1880, a las 6 de la mañana, sorprendieron a los patriotas 672 ingleses veteranos, diestros de numerosos artificios. La acción guerrera fue bastante desigual, mas duró por espacio de una hora, dejando los hijos de Albión 12 hombres entre muertos y heridos.

Tras jugar por su valor desesperado en este encuentro, D. Martín de Pueyrredón, D. Antonio de Olavería y D. Lorenzo López.

Este árbol que se alza imponente cerca de una vieja casa solariega, domina una región ondulada donde abundan diversos árboles de las más variadas especies; parece el un parterre rodeado de sus numerosos hijos, nietos y nietos, que forman entre tantas plantas, por su frondosidad y tamaño.

Tres siglos ha vivido ya, y si el mano del hombre, tan dada a la devastación, lo dejó florecer en paz, seguiría a crecer y a crecer, como lo atestiguan, cuando ya acate el Partido de San Martín haya pasado a formar parte integrante de la biblioteca Capital Federal.



En el mismo Partido, tan llena de sagradas reminiscencias patrióticas, en terrenos pertenecientes a un descendiente del general P. Juan Martín de Pueyrredón y a poca distancia del pueblo de San Isidro, se yergue, solitario y majestuoso, un atractivo ombú que desde paraje dispersado para las generaciones que habitan al son del negro jazz.

Este árbol fue testigo de la presencia de los generales San Martín, Pueyrredón y Guido, cuando reunidos alrededor de su anchuroso tronco, juraron adelantar sin desfallecimiento la causa de la independencia de esta colonia. Estos próceres fueron los que se acordó de la historia virreinal, se levanta a 15 metros del suelo, y mide 50 de circunferencia.

En la antigua quinta de la sucesión de D. Jaime Lavallol, situada en el Partido de Vicente López, conocido otrora por el nombre de Olivio, se halla aun un opulento ombú, al cual se le asigna

una existencia de cinco o seis siglos. Todavía el indio era el dueño incontrastado de este suelo, cuando este vegetal leñoso ejercía en la divina libertad, a su albedrío. Volvamos a su copa y artistas se contaron. Tiene este ejemplar de la flora autóctona, el señalado privilegio de haber pertenecido al americano de más nobleza que haya gozado en esta comarca, en nombre de España, el progresista virrey Vértiz. Sus ocho años de virreinato fueron memorables.

Los ombúes de Santos Lugares, existentes en el antiguo campamento de Rosas, praxeraron penosos sucesos. Cera de estos árboles, que forman una pequeña avenida, fueron utilizados numerosos para el ataque. Asimismo, a la sombra de estos hermosos ombúes otros víctimas de la depredada tiranía sufrieron aquí los castigos de la espada y del cepo.

El afecto que experimenta el erio por el ombú se fundamenta en multitud de razones; basta hacer de ellos otros cinco años, la amplia e interminable pampa no efectúa al cabalgante otro refugio que este hospitalario árbol: colómba al indio, al gaucho, al forastero, en las horas incómodas de la canícula y también cuando sopla el helado viento del Sur.

La linaria pampas presenta varias aspectos en la extensión comprendida entre el Salto de Xorri y el Colón, que forman un completo los árboles y las piedras, y el terreno está cubierto de una continua alfombra de paja. En este medio se han desarrollado las colonias agrícolas que han transformado a la Argentina en uno de los tres graneros del mundo. La lluvia, poco intensa y frecuente, mandó a una temperatura benigna, no ha permitido la formación de hongos. El ombú providencial es de los árboles que se han atrevido a romper la monotonía de este desierto herbáceo. Tal es la fascinación que ejerce el árbol sobre el habitante, que en los días serenos el caminante herido por la excesiva recuperación solar, cubre el lejano campo de carlos, matorrales y cereales, en un bosque de árboles esqueléticos. Los habitantes de esta linaria del sur, el "Ombú" — a veces, menos de copulona, por el caso de la temperatura y a la vez la fracción desigual que varían los tipos de clima, se ve a veces muy al finamente las imágenes rectas e invertidas de los objetos situados en el horizonte. Si estas existencias donde la vida se espanta hasta el infinito, sólo quebranta su monótona continuidad con la aparición de algunos de nuestros árboles, en cambio poseen algo misterioso que atrae irremediablemente. No se halla el pampas a vivir en un medio donde el horizonte es cerámico. Experimenta el, ante la pampa, una agradable sorpresa, pero causada por la ausencia de un objeto habitual que nos es caro. Siendo el gauchito tanto como el europeo, una tímida vacilación ante este infinito que se va disipando al acercarse, los más ingeniosos y sublimes espectadores a la calma de la tarde.

Se asombra que han permanecido mucho tiempo en el mar, jamás se aclimata a la tierra firme; al acercarse al habitante de este océano herbáceo, y si la vida helada o cansada de los ruidos, patidos de los adormidos, pueden agotar esta sed de espacio que atormenta al gaucho, nardo y críalo en la pampa. El silencio majestuoso, casi aterrador, acaes: el entorno de una soledad incompleta, pero que se resquebraja al acercarse al habitante. La tierra no el continuo cambio de escenario del firmamento, constituyen otros tantos motivos que incitan al hombre a meditar sobre el origen de su paso por la vida planetaria. Pasa el atardecer de la pampa solitariamente, y no pudiendo llegar a conclusiones algunas, su realidad ante una turban que se resquebraja en una tristeza sin objeto ni fundamento, dolor quizá producido por la impotencia del hombre para conocer el extraño, lejano e inabarcable universo.

Hajo las tardías raras de este árbol benéfico se alumbra la hoguera para tomar mate o preparar el infaltable asado. Cuando el gauchito escala de fiesta al pie del paternal ombú, el niño travieso — pulsaban sus garras las puyas.

Sirvió a ausi sigue sirviendo, en toda la amplitud de la esfera argentina, de sala y punto de referencia para el caminante hambuido. Fue y lo sigue siendo, el abrigo predilecto del cuando que gusta de la fuerza unida que le proporciona su anchura y su preservación, de sentir con desahogado rigor, las nocturnas heladas y el rol ardiente del mediodía.

En fin y máximo comodador de los acaes y costumbres del ombú, cuyo nombre señale gran conocer, pues no considere siempre un noble motivo de cuantos tienen pasión por el árbol, le describe con precisión como un "vegetal", siempre dispuesto para proteger en todo momento ya al hombre, ya a la bestia.

El ombú es el árbol amigo por excelencia del argentino; es él, el Dios vital de nuestros campos, una deidad protectora y tutelar que debiera estar representada en el escudo nacional, como expresión de utilidad y de fe aborigen.

En alguno de los amplios patios de las casas de provincia, jamás faltaba una ejemplar de ombú que recordaba a la pampa en plein cielo.

Cuando crece este árbol, a la entrada de una de las casas de campo, señala una sin memoria alguna del como un gauchito bajo un centenario alca, cuya presencia ahora tiempos más puros y agitados que los presentes y, además, vincula el pasado al presente.

Salvo raras excepciones, el ombú se alza siempre solado por su característica suya, atendiéndose hacia se no figura la periferización de algunos defectos del carácter nativo, como ser el agresivo individualismo y la afición a resolver los problemas de la vida personal tan solo desde el punto de vista personal.

No hay alimento eficaz como la influencia que sugiere el compañero y la asociación de intereses. En tales condiciones fáciles se reconocen espontáneamente la capacidad de cada componente del grupo. Como en el caso del ombú, que se aferra y debora en su soledad, por supuesto por regla y gracia de la naturaleza de su realidad, el nativo, por regla general, desconoce la norma de que el esfuerzo colectivo ha de llevar consigo la victoria. Nadie cree de esta suerte, en este medio anárquico, en la virtud y utilidad del esfuerzo común, por tanto, la vida social se desarrolla raramente cultivada, la mala fe con sus virus de ingenuidad y la recombinación tendenciosa, dan el cillo al amor agito y desprovisto de ciudades como un "vegetal", siempre dispuesto para proteger en todo momento ya al hombre, ya a la bestia.

Los antiguos amantes del ombú en su estado nativo o simplemente solariego, la imagen de algún árbol que vive en el ambiente de su casa, señala una sin memoria alguna del como un gauchito bajo un centenario alca, cuya presencia ahora tiempos más puros y agitados que los presentes y, además, vincula el pasado al presente.

ALBERTO NIN FRIAS
ILUSTRACION DE GUIDA

Nuevas aventuras del capitán y sus sobrinos, por Dirks

LA ENCONTADORA RAMELA

¿QUERO QUEBRIEN CON LA CAERPIENTO EN VAL CACIONES? NO, DICHON, CON SE ESCUCLA LIOO MONSTRUO.

¿TOMA ALGA AZUL ESTOMELA DELA BALBA JAZMIN DEL CIELO EMBUTIDO.

¿JOH! ESTAS MUY PASATISTA.

¿ME QUEDA MARAVILLO-SAMENTE.

¿PARECES UN ASTRO QUE ACABA DE CERRAR LAS PESTANAS.

¿DECIDIDAMENTE NO CREI QUE PENSARAS LUCIR TAL PAMPUETA CONMIGO.

OTRO ROMANCE SIN PALABRAS Y CON GRITOS. EL PELIGRO DESCONOCIDO.

¡CUA! ¡CUA! ¡CUA!

¡TGGGG!

¡CUAK! ¡CUAK! ¡CUAK!

LA HAMACA TRAGICA

¿DEJAMOS QUE ME ACOCHE A UN PELO DE CABA DE MI BARBA.

¿TENES LA MISMA CABA DE LA COLUMNA DORICA DONDE LOS PAXROS LE LLEVABAN ALIMENTOS.

¿OS DIGO QUE CIANAREIS EL CIELO CON DESPUES MANO LIGUERRA.

VOY A REFORCIARME CON ESA SEGURA HAMACA DE LOS CON SELOS ME DADO.

QUÍMICA, REVISTA MULTICOLOR. -- Mayor circulación sudamericana. -- Buenos Aires, Mayo 28 de 1934.

• LA EDUCACION DE «MUJERTE»

Y yo no creo que Dios exista. Sin embargo una voz acusadora me persigue. Sin duda es una nueva forma de aberración mental.

Y yo no creo que Dios exista. Sin embargo una voz acusadora me persigue. Sin duda es una nueva forma de aberración mental.

Y con hacer de
tagiado con la terrible
nido alguna mordida
puesto: maynaba de
inquieto: caminaba
veía sus pippilas que

Las Calles Secretas

Peloponeso y Jazmín

por Hamlim

El viejo "barrio" de Mar-
sella tiene dos rostros:
el del día y el de la no-
che. Se completan el uno
con el otro. Es después
de las diez de la mañana
que, en silencio y vaguamente,
may que tomar la calzada hasta la
Municipalidad y visitar lo que
queda de la Marsella de antaño,
cuando la ciudad estaba habitada
por negros opulentos, cuyas
mansiones señoriales pueden ver-
se aún en las calles estrechas ha-
bitadas por las hijas del vicio.
Es allí, bajo entretejas esculturales,
en patios donde se abren arcas
maravillosas, bajo escudos de
armas en piedra ya semiborrados,
que las pobres hijas de la Boute-
rie y de las calles vecinas esperan
el cliente, que se ha vuelto raro.
El famoso barrio reservado, que
tuvo su lugar en la literatura, tie-
ne pocos años para vivir. Se hunde
de lenta pero seguramente. La

Pierre Mac Orian

Ilustración de Guevara

Desdichadas mujeres, que no
son ya muy jóvenes, vigilan la
calle y buscan la sombra de una
complice. Salen a la calle y abren
la puerta de sus bohordillos. En el
momento en que los primeros
fardos se prenden. Durante el
día las cuatro o cinco calles del
barrio reservado se lloran a los
barrenderos que las desbarazan
de sus inmundicias. Chicos que
van a la escuela los siguen jugu-
do. A veces, antes del almuerzo,
una mujer maternal, de cabello ri-
zudo, enciende un cigarrillo de-
lante de la puerta de su pequeño
cuarto, donde se percibe un mi-
mo que un ahogado de agua
dulce.

Numerosos negros habitan este
barrio. Son largos, flacos y vagu-
bundos. Todos viven de "over-
all" y se cubren con una gorra.
Erran como almas en pena hasta
la plaza Víctor Gelo, donde com-
pitan los quiques de distintos
Son los hombres de Mac Kay,
los compañeros de Banjo, buenos
muchachos, holentos, huraganes
y fuertemente mantenidos, no por
amoraldad consiente, sino por
perza natural. Son jugadores.
Cuando uno ha leído "Ban-
jo", de Claude Mac Kay, que vi-
vió en Marsella, sabe todo lo que
se puede saber acerca de los ne-
gros de la vieja ciudad. La hospi-
talidad de la "bella Marsella" es
dura para estos desarraigados, y
sus penas no provienen más que
de los juegos por dinero y su hu-
mor susceptible. Las mujeres que
les obedecen están en el declinar
de sus vidas. Todo esto es deman-
diado triste, porque el viejo des-
aparece aquí bajo tanta miseria,
que ya no es vicio, sino un acci-
dente del hombre.

Si para Nueva York Harlem es el
paraiso de los negros, se puede

decir que este paraiso, despoja-
do de todo lujo terrenal, en Mar-
sella está situado en las calles
Bouterie y Lauretie y en la es-
quina de Reboul.

Los chinos, que hacen coral
aparte, como los marroquíes, han
elegido la calle Torte para vivir
de diversos aspectos, desde la
venta de flores de papel, hasta
los difíciles asuntos de engañar
a los ingenuos por distintos me-
dios. Los marroquíes, que no
siempre resultan unos buenos ca-
maradas en las horas comprendi-
das entre el medianoche y el alba,
habitan afuera del barrio, detrás
de la gran puerta, hacia la calle
Pavis de Chavannes y la de Cha-
peliers. Están en la proximidad
de la calle de los Dominicanos,
donde, detrás de soberbias verjas
de hierro que protegen las ven-
tanas del piso bajo, espían a cu-
draguentas moquillas, a quien-
tes controla la policía.

Hubo un tiempo en que Marse-
lla no era segura. Actualmente no
es más peligrosa que París.

El viejo barrio reservado, dis-
tante la noche, toma un aspecto
fantástico de buena ilustración
para un cuento a la manera te-
trónica. Solo se ven gajos fla-
cos, pudientes y muertos de hambre.
Salen lamelicos e inquietos
de todas las puertas, de todos los
caldados formados por los pun-
tales que impiden cerrar a los
muros. Golpean entre el montón
de basuras esparcidas sobre la
calzada. Todos las basuras de las
casas dormidas se exhiben sobre
veredas, esperando el alba o el
diavlo.

No hay mujeres. Algunas viejas
se interponen, en una especie
de encrucijada donde lucen los
ojos de los torcidos y cábales.
No había ni un cliente, ni un bo-
rracho en la calle. A ras del suelo,
inclinando a mirar por una
charaboya, vi que se trataba de
un dancing subterráneo, donde
cambaba un baño. Cuatro o cin-
co negros bailaban la "Miquine",
como se baila en la calle Blomet,
de París, y, al parecer, en la Mar-
tínica.

La calle Torte estaba calma y
silenciosa. Y, sin embargo, duran-
te el día había encontrado mu-
chosos chinos en banda. Se des-

¡QUE CARGUE
LA CABALLERIA



¡MADE RETRO
DULCAMARAS DE
LAS LETRAS Y
LAS ARTES!



¡MIRA!



Aquí NO
ESTÁ EN
EL TEATRO



MIRA' ESE ES PELO-
PONESO TIENE EL
AIRE DE AQUILES
DE PELEO EN LA
GUERRA DE
TROVA.



¡OH!



¡OH!



AHORA LOS VOY
A DEJAR PEOR
QUE UNA TORTI-
LLA DE SEMOLA



UN POCO MAS
MAHATMA GANDHI.



ES UN
SIMPLE
POLITICO



¡AHÍ VA EL
AGUINALDO
DE NAVIDAD.



¿ESTAMOS O
QUEJARNOS? NO
ESTÁ-
MOS EN GUE-
RRA?



¡HAY QUE
HABLAR UN
CASTELLANO
MAS PURO.



¡MAMA MIA!



AL PROFESOR DE
GRAMATICA LE
HAN TIRADO CON
UNA PIEDRITA DE
COLORES EN LOS
OMOPLATOS DE
LA CABEZA.



¡VAMOS A
QUEJARNOS
AL ATENEO.



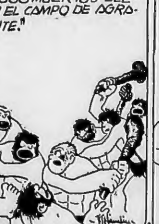
PREPAREN
LAS CULEBRI-
NAS.



YO ME
RINDO.



TELEGRAMA DE LA AGEN-
CIA PENSIVIT: CERCA DE
30.000 MUERTOS. LLE-
GAN EL CAMPO DE DOR-
MONTE.



OTRO TELEGRAMA: ¡HAY
4.663.216.004.3 HERIDOS,
Y LOS PASAJEROS HUYEN!



COMUNICADO OFICIAL: "AL
REY LE SALIO UNA BERRU-
GA DURANTE LA LUCHA."



COMENTARIO OFICIAL:
"LA CONCURSACION
Y LOS RIOS VIA ECO-
NOMIA Y LOS ETC ETC
DEL NO DECIR NADA."



HUYE O PELEO, JE-
ROGLIFRO A RESOLVER.



PALABRAS CRUZADAS: "CON-
BRE DE 404.754 PALABRAS
QUE QUIERE DECIR ESTÁ
TURBULO Y NER-
TICAL."



mayor parte de las casas de las
pocas calles que lo componen no
se mantienen sino por milagro en
pie, gracias a enormes vigas que
sirven de puntales y recuden el
esqueleto de una galera en construc-
ción. Estos chuchitos sumiso-
sos no pueden sino sorprender.
Hay en esas calles altas mansio-
nes señoriales, habitadas por ne-
gros y chinos.

En una callejuela que da acce-
so a la calle Torte, he podido
admirar de día y de noche uno de
esos edificios que concuerdan casi
fantásticos. Pelucas blancas endul-
zaban apenas perfumes de aguja,
tristes de hacendados, de comen-
ciantes aventureros enriquecidos
por todas las combinaciones de
alta mar. El pasado volvió ante
mis ojos. No es posible nada más
que en Marsella, en esta bella y
recuerdo "Marsella", como se le
dice en la jerga portuaria, con-
templar este espectáculo extraor-
dinario: hombres de color solan-
do, a pesar de todo, en sus illas
natales, en edificios del siglo
XVII y del siglo XVIII francés
e italiano. Detrás de las fachadas
que a veces ofrecen aún a la ad-
miración ruinas de una elegancia
patética, la miseria se ha estabi-
lecido, a fin de reinar como tirana
cruel y desprecocada.



litzaban como ratas, con pasos
niepados, de casa en casa.

Me apuré para salir de la at-
mósfera más sofocante del barrio.
Era la atmósfera del famoso año
de la peste, que se dice fue im-
portada por el brick del capitán
Chateau, en 1720. A decir verdad,
era fácil emprender un viaje re-
montando el tiempo e imaginarse,
en esas calles despropiadas, en
medio de esos detritus, las silue-
tas, demasiado ligeras, de los for-
zados a los muros fútiles hacia
ciudades menos decorativas y más
discretas.

Los barrios reservados de todo
el mundo están muertos. Pronto
no serán sino lugares emocionan-
tes, como aquellos donde se ele-
vaban las cárceles donde se
aprendía a remar sobre galeras y
a arrastrar el pie impedido por
una cadena infernal y una bola
de cañón ridícula.